

*Abstulit hinc Jesum, posuit que insignia regis,
Impiagueus; alium non colit illa Deum!*

*La cruz hace lugar á la lis, y Jesucristo al rey,
Luis, ó raza ímpta, es el solo Dios para vosotros!*

Estos celosos preliminares puestos con el solo título de documentos no dejan de ser sin interes, pues demuestran hasta qué grado fué apreciado en su tiempo el nacimiento de Luis XIV. Hé aquí lo que se lee en la *Historia del tiempo*. [La Haye 1715, tomo 1.º, pág. 226].

“Hubo en Francia personas de calidad que vieron las circunstancias extraordinarias del nacimiento de Luis XIV, como un mal presagio para el mundo. Se puede ver esto en una carta de Bassompierre, al obispo de Grenoble, la cual se encuentra en la página 134 de las *Memorias* del mariscal de Cologne, y que han suprimido con algunas otras, en las ediciones posteriores, por estar escritas muy libremente. He aquí la carta:

“Monseñor:

“En mi última, os participaba la agradable noticia del feliz parto de la reina, “que nos ha dado un delfin. Todo lo que ahora puedo deciros, es, que la salud “de S. M. se mejora de día en día, y que el niño está fuerte y robusto y parece “prometer una larga vida. Hay en él una cosa que ha sido fuertemente remar- “cada por algunos y es, que ha nacido con dientes y que no hay muger que le “dé de mamar sino con mucho trabajo porque mama con tanta avidez, que hace “salir sangre con la leche, y es por eso que casi cada día, hay necesidad de una “nueva nodriza. Yo pido á Dios que esto no sea un mal presagio para la Fran- “cia. El príncipe ha sido nombrado *Dieu-Donné* [dado por Dios] porque en “verdad nadie le esperaba. Sobre esto, se dicen muchas cosas; pero esas cosas “no se sabrían escribir.....

“Firmado.—Bassompierre.”

Ahora que el estado civil del misterioso personage conocido bajo el nombre de *Máscara de fierro* está poco mas ó ménos probado, podemos empezar con la relacion de la larga y dura cautividad de ese desgraciado.

En las *Memorias del mariscal de Richelieu para la historia de la corte de Luis XIV de la minoría y del reinado de Luis XV*, [9 vol. en 8.º; los cuatro primeros, Lóndres 1790, y los 5 últimos Paris, 1793], se lee lo que sigue en el cap. IX, intitulado: *El regente revela el secreto del Máscara de fierro*.

“En tiempo del difunto rey hubo un tiempo en que todas las órdenes de la sociedad se preguntaban quién era ese famoso personage conocido bajo el nombre de *Máscara de fierro*.

“Pero vi aplacarse esa curiosidad, cuando habiéndolo conducido á la Bastilla Saint-Mars, afectaron decir que se tenia la órden de matar al prisionero si trataba de darse á conocer, así como tambien al que tuviese la desgracia de penetrar quién era. Esta amenaza de asesinar al primero, y á los curiosos del secreto, hizo desde luego tal impresion, que ya solo se habló con medias palabras de ese misterioso personage que el rey habia vejado tanto.

“Pero despues se mostraron mas atrevidos. En 1719 pregunté á la señorita de Valois, amada del regente, y de la que era yo amado, quién era ese prisionero de la máscara de fierro. Ella le acarició tanto, que en el prócsimo día me envió el escrito siguiente envuelto en un billete de cifras y el cual, las leyes de la historia quieren que lo ponga todo entero como un monumento material de la nuestra y del que garantizo la autenticidad.

“La marquesa cuando me escribia en el idioma de la galantería, lo hacia por medio de cifras y me decia en ese billete, que el tratado entre ella y el regente se habia arreglado, de su parte con el fin de tener la memoria, y por la del regente con el de tener lo que deseaba. La historia prohíbe estos detalles; pero tomando el idioma modesto de los patriarcas, puedo decir, que si Jacob para poder casar con una de las hijas de Laban que amaba en extremo, tuvo que comprarla dos veces, el regente ecsigió de la primera todavía mas que el patriarca.

“Hé aquí el billete de cifras; y la memoria histórica le seguirá:

2. 1. 17. 12. 9. 2. 20. 2. 1. 7. 14. 20. 10. 3. 21. 1. 11. 14. 1. 15. 16. 12. 17. 14. 2. 1. 21. 11. 20. 17. 12. 9. 14. 9. 2. 8. 20. 9. 21. 21. 1. 5. 12. 17. 15. 00. 14. 1. 15. 14. 12. 9. 21. 5. 12. 9. 21. 15. 20. 14. 8. 3.

“Ahora, hé aquí la memoria:

Relacion del nacimiento y educacion del infortunado príncipe sustraído á la sociedad por los cardenales Richelieu y Mazarin, y encerrado por órden de Luis XIV: compuesta por el gobernador de dicho príncipe, al morir.

“El príncipe infortunado que he educado y guardado hasta el fin de mis dias, nació el 5 de Septiembre de 1638, á las ocho y media de la noche, miéntras el rey cenaba. Su hermano, ahora el regente, habia nacido á medio dia, hora en que su padre estaba comiendo. Pero así como el nacimiento del rey fué espléndido y brillante, el de su hermano fué triste y ocultado con sigilo, porque el rey advertido por la partera de que la reina debia dar á luz un segundo niño, hizo que quedasen en su aposento, el canciller de Francia, la partera, el primer limosnero, el confesor de la reina y yo, para que fuésemos testigos de lo que sucediese, y de lo que quería hacer si nacia un segundo niño.

“Ya hacia largo tiempo que el rey estaba advertido por varias profecías, que su esposa tendria dos hijos, pues hacia ya muchos dias que habian llegado á Paris unos padres que decian poseer la divina inspiracion, y lo habian profetizado, aunque en la ciudad todos decian que si la reina daba á luz dos delfines, como se predecia, seria el colmo de las desgracias del Estado. Habiendo hecho el arzobispo de Paris que se le presentasen los dos adivinos, los mandó encerrar en

San Lázaro, pues tenían al pueblo alterado, y esto daba mucho que pensar al rey con motivo de las revueltas que temía hubiese en sus Estados.

“Sea que las constelaciones lo habían revelado á los padres, sea que la Providencia quiso advertir á S. M. las desgracias que podían caer sobre la Francia, lo que los adivinos habían predicho sucedió.

“El cardenal, á quien el rey por medio de un mensaje había hecho saber aquella profecía, le respondió que era preciso decir, que el nacimiento de los dos delfines no era un imposible y que en tal caso, era preciso ocultar con mucho cuidado al segundo que naciese, porque tal vez al llegar éste á ser hombre, quería ser rey, y combatiría á su hermano, sosteniendo una segunda liga en el Estado para reinar.

“El rey en su incertidumbre, sufría. La reina en su parto dió fuertes gritos y nos hizo temer un segundo: así, pues, mandamos llamar al rey, quien se fué de espaldas al saber iba á ser padre de dos delfines, y dijo á monseñor el obispo de Meaux, á quien había suplicado socorriese á la reina:—“No abandoneis á mí esposa hasta que no esté fuera de riesgo: tengo una inquietud mortal.”

“Incontinenti nos reunió al obispo de Meaux, el canciller, el señor Monerat, la señora Peromette, y á mí, y en presencia de la reina, á fin de que ella lo oyese nos dijo:—“Vosotros respondeis con vuestras cabezas si publicais que ha nacido un segundo delfin. Quiero que su nacimiento sea un secreto de Estado, para evitar las desgracias que podrían sobrevenir, pues la ley sálica, nada dice respecto á la herencia del reino, en caso de nacer dos hijos mayores de reyes.”

“Lo que se había predicho sucedió, y la reina, durante la cena del rey, dió á luz un delfin mas pulido y mas bello que el primero, que no cesaba de quejarse y de gritar, como si hubiese ya sentido el entrar á la vida en la que tendría que pasar mas tarde tantos sufrimientos.

“El canciller hizo el proceso verbal de este maravilloso nacimiento, único en nuestra historia: en seguida no encontrándolo bien hecho S. M. lo quemó en nuestra presencia y ordenó varias veces el rehacerlo hasta que le encontró á su gusto.

“El señor limosnero quiso hacer presente que S. M. no podía ocultar el nacimiento de un príncipe; pero el rey respondió que para ello había una razón de Estado.

“En seguida nos ordenó de firmar nuestro juramento; el canciller fué el primero que lo hizo, despues, el señor limosnero, el confesor y yo: tambien fué firmado por el cirujano y la partera que asistió á la reina, y el rey lo agregó en seguida al proceso verbal que llevó consigo y del cual no he vuelto á oír hablar.

“Recuerdo que S. M. se entretuvo hablando muy bajo con el señor canciller sobre la fórmula de dicho juramento, por largo tiempo.

“Despues de esto, la partera se hizo cargo del niño nacido al último, y como siempre se temió que hablase demasiado sobre su nacimiento, me ha dicho que á

menudo la amenazaban con darle la muerte si hablaba algo sobre el particular. Al mismo tiempo nos fué espresamente prohibido á los testigos del nacimiento de aquel niño, el hablar de ello aun entre nosotros, bajo ningun pretexto.

“Ninguno ha violado aún ese juramento porque S. M. nada temía mas despues de ello, que la guerra civil que aquellos dos niños nacidos a un mismo tiempo, podían suscitar. Cuando el cardenal se encargó mas tarde de la superintendencia y educacion de aquel niño, siempre le mantuvo en su temor.

“El rey nos ordenó tambien que examinásemos escrupulosamente á aquel desgraciado príncipe, el cual tenía una berruga sobre el codo derecho, un lunar en el pescuezo y otra berruga mas pequeña en el muslo; ambas señales en el mismo lado que la del codo. El objeto del rey al hacernos tal encargo, era el de que, para el caso de que muriese el delfin, poner en su lugar al real niño que iba á darnos á guardar; para el efecto requirió nuestra firma en el proceso verbal, el cual firmamos y le hizo sellar con un pequeño sello en nuestra presencia.

“Respecto á los sacerdotes que habían profetizado el nacimiento, jamás he vuelto á oír hablar de ellos: verdad es, que tampoco lo inquire; tal vez el señor cardenal, que fué quien se encargó del misterioso niño, les envió fuera del país.

“Por lo que respecta á la criatura del segundo príncipe, la señora Peromette lo crió como si fuese suyo haciéndolo pasar por un hijo bastardo de un gran señor, á fin de que no se reparase en el esmero con que lo cuidaba, y en los gastos que hacía; así es que aunque no reconocido, se conocía era un hijo querido y rico.

“Cuando el príncipe fué algo grande, monseñor el cardenal Mazarin que se encargó de su educacion despues del cardenal de Richelieu, hizo que me lo entregasen para instruirlo, y lo eduqué, aunque en secreto como al hijo de un rey.

“La señora Peromette continuó sirviéndole hasta la muerte con adhesion de ella á él, y aun mayor de él á ella; así es, que el príncipe recibió su educacion en Borgoña, y en mi propia casa, con todo el cuidado que es debido al hijo de un rey y hermano de rey.

“Con la reina madre tuve frecuentes conversaciones durante el tiempo de las revueltas de Francia, y S. M. parecía temer que si alguna vez el nacimiento de aquel niño llegaba á ser conocido en vida de su hermano el joven rey, algunos mal contentos formarían de ello motivo para rebelarse, pues que muchos médicos pensaban que de dos niños gemelos, el nacido al último era el que había sido concebido el primero, y por consecuencia el que por derecho era rey.

“Este temor sin embargo no pudo hacer jamás que la reina destruyese las pruebas que por escrito existían de su nacimiento, porque en caso de que el joven rey muriese, estaba resuelta á hacerle reconocer como su hermano, aun cuando ya tuviese otro hijo: me ha dicho varias veces, que conservaba con mucho cuidado aquel documento, en el cofrecito de sus alhajas.

“En cuanto al infortunado príncipe, le di toda la educacion que yo quisiera se me hubiese dado á mí, y aun los hijos reconocidos de los príncipes, no lo reciben

mejor. Lo único que tengo que reprocharme, es haber hecho sin querer la desgracia del príncipe.

“Hé aquí, cómo:

“A la edad de diez y nueve años tuvo un vivo deseo de saber quién era, y como veía mi resolución de ocultárselo, pues cuando más me colmaba de súplicas más firme me mostraba en mi silencio, resolvió ocultar su curiosidad y hacerme creer que pensaba que era hijo mío nacido de un amor ilegítimo. Cuando me llamaba con el nombre de padre y estábamos solos, yo le decía que se equivocaba; pero no combatía el sentimiento que él afectaba tal vez con el objeto de hacerme callar, y no volvía á inquirirme más sobre quién era.

“Dos años habían pasado, cuando una desgraciada imprudencia mía, que me reprocharé toda la vida, le hizo conocer quién era. El sabía que el rey me enviaba de tiempo en tiempo mensajeros y cometí la imprudencia de dejar abierto el cofre donde guardaba las cartas de la reina y de los cardenales. Leyó una parte de ellas, y con su penetración adivinó lo demás. Después él mismo me confesó que se estrajo la carta más espresiva y que más marcaba su nacimiento.

“Me acuerdo que á la amistad y respeto hacía mí con que le había educado, se sucedió un trato inquieto y aun brutal; pero no pude reconocer el motivo de aquel cambio porque jamás he sabido cómo pudo saber lo que tenía en el cofre, ni me ha querido confesar porque medió lo supo: tal vez para ello fué ayudado por alguna persona que no quiso dar á conocer, ó tal vez tuvo algunos otros medios.

“Un día, cometió la imprudencia de pedirme el retrato del rey Luis XIII y el del rey reinante. Le respondí que los que había hechos eran tan malos, que esperaba los hiciesen mejores para tenerlos en mi casa.

“Esta respuesta no le satisfizo y fué seguida de la demanda que me hizo de ir á Dijon. Después he sabido que su objeto era, el de ir á ver un retrato del rey que estaba en Saint-Jean-de-Luz, con motivo del casamiento del infante. Quería ponerse en paralelo con su hermano y ver si se parecía á él. Tuve conocimiento de un proyecto de viage que hizo y no me separé de él.

“El joven príncipe era bello como un amor, y el amor le sirvió para procurar se un retrato de su hermano. Desde algunos meses hacia, una joven gobernante de la casa, le había agradado; la acariciaba tanto y la tenía tan complacida, que á pesar de la prohibición que tenían las criadas de no darle nada sin mi consentimiento, ella le dió un retrato del rey.

“El desgraciado príncipe le reconoció, y podía reconocerlo, pues que se parecían ambos tanto, que un mismo retrato podía servir á los dos. La vista del retrato le enfureció á tal grado que se vino á mí diciéndome:—“Mirad á mi hermano y mirad quien soy!”—añadió enseñándome una carta del cardenal Mazarín, la cual me había robado.

“Tal fué la escena del reconocimiento.

“El temor de que el príncipe se escapase de casa para ir al casamiento del rey, me hizo temer aquel suceso; así, pues, envié un mensajero al rey para informarle de lo sucedido y pedirle nuevas instrucciones.

“El rey por conducto del cardenal envió la orden de que al príncipe y á mí se nos encerrase, hasta nueva orden, haciéndole saber que su pretensión era la causa de nuestra desgracia.

“He sufrido con él en nuestra prisión, hasta el momento en que mi juez en el cielo, pronunció la hora de dejar el mundo.

“En ese momento solemne, no puedo rehusar á la tranquilidad de mi alma, ni á mi discípulo, una especie de declaración que le indicará los medios para salir del estado ignominioso en que está en caso de que el rey muriese sin tener hijos. Puede acaso un juramento forzado obligar al secreto respecto á anécdotas increíbles que es necesario dejar á la posteridad? Que Dios, ante quien voy á hablar, sea mi juez.”

Este precioso documento lleva en sus menores detalles un carácter tan sorprendente de verdad, que deja poca duda sobre el verdadero estado del *Máscara de hierro*, nos inicia en el riguroso espionaje del cual era objeto aquella real víctima antes de conocer quién era, y documentos no menos ciertos, van á iniciarnos en la dura cautividad de la víctima desde el momento en que supo quién era.

Los primeros días de la cautividad del *Máscara de hierro* con su primer gobernador, han quedado enteramente desconocidos. Algunos documentos, la mayor parte de ellos demasiado vagos, podrían hacer presumir que ambos fueron encerrados en el fuerte d'Exiles; pero nada hay que lo patentice de un modo poco más ó menos cierto. Parece que esos días, aun no se había imaginado el cubrirle el rostro con la máscara, y que esta medida solo fué adoptada después de la muerte de dicho primer gobernador, lo cual fué una inspiración de Luis XIV, ó de Louvois, únicos dueños entonces de aquel secreto de Estado.

Habia en los guardias del rey, un hidalguillo de Champagne, señor de Dinion y de Patteau; su nombre era Benigno d'Auvergne y Saint-Mars. Este era un hombre alto, flaco, seco, de un físico decrepito y de rostro descolorido y cadavérico, ojos pequeños, bizcos, grises y cubiertos de rayas sanguinolentas: su boca era grande y deforme; sus labios delgados y de un color violado muy pronunciado, se hallaban afectados de un movimiento nervioso casi incesante y que daba al conjunto de aquella fisonomía una contracción espantosa. A primera vista se conocía que era imposible encontrar ningún sentimiento generoso bajo aquella odiosa cubierta, y si como suele decirse, las facciones del rostro son el espejo del alma, jamás ha habido uno que reflejase más bajeza y maldad.

Antes de haber sido admitido en los guardias de Corps Bailli de Sens había casado á fin de hacer fortuna con la hermana de una señora Dufrenoy, querida de Louvois, quien después de algunos años había enviudado y vuelto á con traer matrimonio con la hija del primer gobernador de el *Máscara de hierro*.

el mismo de quien hemos ya citado la confesion que hizo; con este doble título fué escogido por Luis XIV y Louvois para carcelero del desgraciado príncipe.

Tan luego como el rey y su ministro tuvieron concluido el plan infernal fraguado contra aquel desgraciado, y hubieron designado á Saint-Mars para ejecutarlo, este último fué introducido una noche en el gabinete real.

El rey estaba solo, y aunque acostumbrado á aquellas malas acciones, la que iba á cometer parecia le agitaba más que ninguna otra. A pesar de su dejadez habitual, se paseaba á grandes pasos delante de Saint-Mars, dejando escapar de tiempo en tiempo algunas palabras reprimidas en las que se revelaba toda la perversidad de aquella alma real.

—“El prisionero que se os va á confiar,—le dice,—no debe ser visto por nadie. Una máscara de fierro cubrirá noche y día sus facciones. Si él las dejase ver, que se le mate. Si algunas otras personas á mas de vos, sea á propósito, sea aun por un caso fortuito, le viesen, haced que se les dé muerte. Si apesar de todo lo dicho, este secreto de Estado se transpirase, vuestra vida es responsable de ello. . . . Id: hacedos digno de las bondades de vuestro rey. Louvois os dará las demas instrucciones.»

Aquel hombre salió de allí, vendido en cuerpo y alma al rey, para ser instrumento del martirio de otro.

Al otro día Louvois le remitió las instrucciones siguientes:

“A las instrucciones verbales que habeis recibido del rey y de las cuales podeis meditar á vuestro antojo el valor, agregad estas:

“Trataréis al prisionero con el mayor respeto.

“Podeis aún, en caso de necesidad y sin degenerar por ello, servirle en la mesa.

“Su mesa será servida con lujo.

“Todo lo que desee respecto á vestidos, ropa interior, muebles y superfluidades de la vida, le será concedido.

“El prisionero queda enteramente libre en la noche y en el día.

“Cuanda vaya á misa ó á paseo, le está espresamente prohibido el hablar y el enseñar su rostro á nadie. Dos inválidos le acompañarán, llevando sus fusiles cargados con bala con orden de hacer fuego, contra el que contraviniese esta cláusula. Un lacayo, un médico y un capellan, estarán agregados al servicio del prisionero. Los dos últimos solo comunicarán con él, en presencia vuestra.

“El rey se fia en vos y os dá facultad para que hagais lo que creais á propósito respecto á los sirvientes, bajo el concepto de que el prisionero, buscará naturalmente todos los medios posibles para lograr seducirlos; así, pues, se os deja el que tomeis las precauciones convenientes para impedir la seducción.

“Sed prudente y sábio y tomad vuestras medidas de modo que podais evitar todos los inconvenientes.

“S. M. desea que el prisionero no abuse de la confesion; así, pues, le autoriza-



reís para que se confiese solamente en las cuatro grandes fiestas del año, y salvo el caso de alguna enfermedad grave, restringiréis el permiso á solo esos dias. "Sabeis que respondeis del prisionero con cuerpo y alma; tambien os dá el rey poder absoluto de vida y muerte sobre los criados, soldados y gentes que empleis y escojais á vuestra voluntad, siendo siempre de vuestro cargo, el dar cuenta del prisionero. El rey, pues, confia en vuestro talento y equidad respecto á los castigos prontos y ejemplares de los delitos que se cometan en el interior de la prision, y ratifica desde ahora todo lo que juzgueis á propósito ordenar sobre el particular, rogando á Dios que os tenga en su santa gracia.

"Escrito en Fontainebleau, el 30 de Julio de 1666.

"Firmado.—*Letellier*.

"Para ampliacion.—*Louvois*."

Provisto con este poder en regla Saint-Mars fué á unirse á su prisionero al fuerte d'Exiles, y segun se cree, le condujo de allí á Pignerol: los detalles de la traslacion y del nuevo domicilio nos faltan completamente, en consecuencia no le seguirémos en ello. De este último punto, el *Máscara de fierro* fué transferido á las islas de Santa Margarita, donde ensayarémos levantar una punta del velo de aquella ruda y larga cautividad.

Quando en 1681, Saint-Mars fué nombrado gobernador de las islas de Santa Margarita, hacia de catorce ó quince años que el *Máscara de fierro* estaba confiado á su cuidado. A pesar de tanto tiempo de martirio, ningun acento habia salido de la prision, así es, que la historia no puede contar para el apoyo de su relato mas que los reproches de algunos párrafos de cartas ministeriales. En el fuerte de Santa Margarita todo es distinto á los otros, y en todo él se ve aparecer el aparato del mas formidable y espantoso sistema de terror.

La isla de Santa Margarita es una de las islas Lerisis, y la mas próxima á la tierra firme, de la cual dista diez minutos de travesía.

Dicha isla, antiguamente se llamaba *Lero*, nombre derivado de un templo erigido ántes en aquel lugar, en honra de los héroes de *Lercou*, divinidad Celto-legiana, segun dicen. Esta palabra y la de *Héron*, son una misma, su primitivo es *Her*, que significa señor en todos los dialectos Celto-legianos, y de donde se deriva la de héroes en latin, en frances, y en provincial. Los celtas y los galos adoraban bajo el nombre de Dios de la fuerza y del valor, á Hércules.

El pájaro llamado *héron*, el cual es muy comun en las islas de Lerisis, le estaba consagrado.

En 1635, los españoles se hicieron dueños de dicha isla, construyeron en ella algunas fortificaciones de las que una se llama el puerto de Aragones y comenzaron la ciudadela en el lugar donde se encontraba el fuerte Montrey. Habiendo sido en seguida dueños de la isla los franceses, concluyeron la construccion de dicho fuerte para defender así el golfo Juan y la rada de Cannes, y allí fué donde se transfirió al *Máscara de fierro*.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

La prision del fuerte no parecia bastante segura, y se construyó una espresamente para el prisionero.

Louvois escribia en Abril de 1687 á Saint-Mars: —“No hay inconveniente alguno en cambiar al caballero de Thezat (Lauzun) de la prision en que está para poner en ella vuestro prisionero, interin está lista la que le preparais.”

“Esa prision, dice Piganiol de La Force [*Descripción de la Francia*, 1753, tomo 5.º] era la prision mas segura que ecsistia en Francia. Solo recibia la luz por una ventana que daba al mar construida á quince piés de altura del camino de ronda; ademas, aquella ventana abierta en un muro muy grueso, estaba defendida por tres rejas de fierro puestas á distancia igual una de otra, lo que daba un intervalo de dos toesas, entre los centinelas y el prisionero. Cada media hora se alternaban las rondas y los centinelas eran relevados cada tres horas.

Una escalera construida en la pared y cerrada á cada veinte escalones por una puerta de puente levadizo detras de la cual habia siempre una persona de faccion, era la única salida que habia: por ella, se bajaba al principal cuerpo de guardia de donde se pasaba al jardin del gobernador.

Amurallado por los tres lados por las paredes de la prision, aquel jardin plantado de naranjos, higueras y árboles frutales de todas clases, estaba rodeado por el cuarto lado, por una multitud de rocas inaccesibles cuyos piés bañaban las olas del mar. Al fondo del jardin del lado del mar, se encontraba un hoyo en forma de pozo, por el cual solo se bajaba con estrema dificultad ayudado por algunos escalones de piedra en los que apenas cabia el pié, y conducia á un subterráneo muy estrecho que iba á confinarse en el mar. Este lugar era llamado *los oubliettes* [calabozos]. Aún ecsisten las ruinas de él, y la tradición dice que, cuando un prisionero de Estado moria en el castillo, ya fuese de muerte natural, ya violenta, á fin de que nadie supiese su muerte, bajaban el cadáver durante la noche á aquella cueva, despues le amarraban una gran piedra al medio del cuerpo, y le arrojaban al mar.

Así desaparecian á un tiempo el crimen y la prueba de él.

Desde que Saint-Mars fué puesto al cuidado de un prisionero, del cual respondia con su cabeza, se rodeó de gentes que con la esperanza de hacer su fortuna, pudiesen y debiesen secundarle con celo.

Uno de sus parientes, mosquetero del rey, M. de Blainvilliers, tenia especialmente el encargo de llevar las noticias confidenciales del gobernador al ministro, y las órdenes de éste al gobernador. Frecuentemente iba de Pignerol ó de Santa Margarita á Versalles ó á San German, llevando despachos secretos concernientes al prisionero: bajo este nombre designaban el gobernador y el ministro al *Máscara de fierro*.

Otro de sus parientes llamado *Corbé*, señor de Erisnout, teniente en la compañía francesa y encargado de la vigilancia de los prisioneros, era el confidente y auxiliar de Saint-Mars.

“Ese *Corbé*, dice Constantino de Remeville en su *Inquisicion francesa*, mas feo

y mas malo que *Saint-Mars*, de quien esperaba ser el sucesor, se complacia en hacer verter las lágrimas y sangre de mil desgraciados de quienes las riquezas eran el único precio para con él.”

Un provenzal llamado Rosarges, mayor de las compañías francesas, reemplazaba á Saint-Mars en las raras y cortas ausencias que éste se veia precisado á hacer por orden del ministro. “Ese mayor, dice el mismo cronista, era el mas brutal de los hombres. La excesiva cantidad de aguardiente que bebia, le mantenía en un estado de irritacion continua.”

Era la persona de confianza de Saint-Mars, y tenia especialmente el encargo de vigilar al prisionero enmascarado, con prohibicion espresa de hablarle jamas, so pena de la vida.

Para el efecto, el mayor Rosarges tenia á sus inmediatas órdenes cuatro personas encargadas con especialidad del servicio del prisionero: estas lo eran: el limosnero ó capellan Giraud, ese mico execrable, dice Renneville, cuyas dilapidaciones y desarreglos le habrian conducido al patibulo á pesar de su carácter de sacerdote: el cirujano Abraham Rheil, operador siniestro de tan mala fama con sus medicinas y á quien Saint-Mars daba sus pelucas y sus casacas viejas; el llavero Ret, que no valia mas que el cirujano y el capellan; y en fin, el capitán de las puertas Lécuyer, quien siempre, dice Renneville, era mudo, ni lo que los otros mas y tenia una especie de temor á Dios.

Si á ellos se agregan dos lacayos que solo en ausencia del gobernador podian hablar al prisionero, y á los que frecuentemente se les cambiaba, sin que jamas se volviese á saber de ellos, se tendrá una idea del personal con que Saint-Mars habia rodeado al *Máscara de fierro* en Santa Margarita.

No debemos omitir á madama Saint-Mars, hija noble de Borgoña con quien el gobernador se habia desposado en segundas nupcias, quien sin saberlo M. de Saint-Mars, habia sido un incidente en la vida del prisionero, y que por su desgracia debia serlo aún.

“Esa *Corbé*, dice Constantino de Remeville en su *Inquisicion francesa*, mas feo y mas malo que *Saint-Mars*, de quien esperaba ser el sucesor, se complacia en hacer verter las lágrimas y sangre de mil desgraciados de quienes las riquezas eran el único precio para con él.”

Un provenzal llamado Rosarges, mayor de las compañías francesas, reemplazaba á Saint-Mars en las raras y cortas ausencias que éste se veia precisado á hacer por orden del ministro. “Ese mayor, dice el mismo cronista, era el mas brutal de los hombres. La excesiva cantidad de aguardiente que bebia, le mantenía en un estado de irritacion continua.”

Era la persona de confianza de Saint-Mars, y tenia especialmente el encargo de vigilar al prisionero enmascarado, con prohibicion espresa de hablarle jamas, so pena de la vida.

Para el efecto, el mayor Rosarges tenia á sus inmediatas órdenes cuatro personas encargadas con especialidad del servicio del prisionero: estas lo eran: el limosnero ó capellan Giraud, ese mico execrable, dice Renneville, cuyas dilapidaciones y desarreglos le habrian conducido al patibulo á pesar de su carácter de sacerdote: el cirujano Abraham Rheil, operador siniestro de tan mala fama con sus medicinas y á quien Saint-Mars daba sus pelucas y sus casacas viejas; el llavero Ret, que no valia mas que el cirujano y el capellan; y en fin, el capitán de las puertas Lécuyer, quien siempre, dice Renneville, era mudo, ni lo que los otros mas y tenia una especie de temor á Dios.

Si á ellos se agregan dos lacayos que solo en ausencia del gobernador podian hablar al prisionero, y á los que frecuentemente se les cambiaba, sin que jamas se volviese á saber de ellos, se tendrá una idea del personal con que Saint-Mars habia rodeado al *Máscara de fierro* en Santa Margarita.

No debemos omitir á madama Saint-Mars, hija noble de Borgoña con quien el gobernador se habia desposado en segundas nupcias, quien sin saberlo M. de Saint-Mars, habia sido un incidente en la vida del prisionero, y que por su desgracia debia serlo aún.